

EMPECE A ESCRIBIRTE, JULIO...

Empecé a escribirte, Julio, y estaba como encerrado en un ojo. No en el mío, no, no en el mío. Tal vez en el de uno de los antepasados. Qui sait, Julio ... lo seguro es que Zötl rondaba por allí. ¡Sí, debía de ser él!

Te acuerdas de aquella noche, con el alacrán, el murciélago, Hugo..., te acuerdas —como lo has contado— de cómo nos encontramos los dos en el propio corazón de la noche, en la gran calma después de toda aquella agitación...*

Lo que nunca te he dicho, Julio, es lo que pasó después..., nos tomamos la última copa y buenas noches, cada cual retornando a sus vampiros predilectos...

Yo me encaramé hasta la pieza de la torre, la pieza de las ratas calvas y de los escorpiones inmóviles. —¿Te has fijado que un escorpión inmóvil es mucho más inquietante que un escorpión que se mueve?

Y aquí vamos a encontrarnos de nuevo en la posición del que está encerrado en un ojo. Pero ¿en el ojo de quién?

Bueno, resulta que me subí allá arriba y que seguramente bebí algo, la última copa, como decimos con Vladimir.

Encima de la mesa había un charquito de luz, una hoja de papel, una pluma y una pequeña bola de cristal de esas que llaman «Sulfuro», y alrededor ese extraño silencio, ya sabes, ese silencio que conocemos bien, ese silencio de las derivas blancas...

Alrededor, la calma. Me imagino que ya te habías dormido. Hugo dormía. Los Antepasados debían dormir. Zötl también.

De repente, dentro del Sulfuro, algo como..., como..., ¿cómo decir?

Un destello, un relumbre, una vislumbre, un intento de diminuto brillo, como un contorno de luz prendida en el envés mismo de nuestra noche.

(*) Zötl: *Le bestiaire d'Alöys Zötl* (1831-1887), texto de Julio Cortázar, Franco María Ricci, editor, Milán, 1976.

En esos casos, ya lo sabes, lo mejor es acurrucarse y escucharlo todo, al través de los murmullos que no cesan de aproximarse y progresar, de ampliarse y trepar, de deformarse, desbordar, entrechocarse...

Al principio fue como un minúsculo alacrán (que, por cierto, se parecía curiosamente a un caimán de Zötl) remontando la noche, pues hay que decir que la noche se había establecido en la bola de cristal y que sólo podía ser ella, con sus galas de granitos y arena, con sus fuegos de estanques y sus reflejos de amaneceres en torrentes, con sus añiles heráldicos y sus huecos de luz... ¡la noche!, y ahí, entre los granos de arena, el escorpión diminuto, verde como una pequeña incidencia...

Después el decorado cambia: la noche se desata un poco; aparece como un verdor agrio.

¿Será ya el alba?

¡Algo se ha movido! Uno cree ver, o saber, que es la rata calva la que emprende su vuelo, cantando, la malvada, como penúltima Calas.

¿¡Algo se ha vuelto a mover!?

NO.

¡Volvemos a caer en lo hondo de nuestra noche, en nuestro murmullo de noche!

Y el papel blanco delante de nuestras narices. y la pluma y el topo disecado que no cesa de olisquear los humores de la tierra... ¡y hasta el dedal de la costura, que no sabe qué hacer!

La noche, con sus gritos y quebrantos, y ahí mismo, el grito de aquel gallo infantil, el grito del gallo, esparcido en venillas de corazón, en venillas de esperanza, en fuerte urdimbre de amor...

El pequeño espacio enclavado en su Tiempo, y el Tiempo enclavado en su gran espacio

con el escorpión, el gallo, y ahora el reloj—sabes, el que da su tac tic, tac tic— y el murciélago y la bola de Sulfuro

que me persiguen en esta noche, en aquella noche de Serre..., mientras tú ya estarás durmiendo, a unas cuantas brazas más abajo...

Pero...

¡Dios bendito!, aquello sí que fue un hermoso relámpago. En fuerte sacudida, perfectamente tallada, y la lluvia, la lluvia desgarrando el proscenio, la lluvia devoradora y arrancadora, la lluvia, vieja admirable potencia matricia, la lluvia, el agua, el agua rebotante, el agua retumbante, el agua...

Y esos chorros, Julio, en la bola de cristal, ahí, en ese lugar del ojo, tal vez, ¿pero será el lugar del ojo?

Entonces uno zozobra, ¡qué quieres!, uno se va, parte y penetra en la bola, y ocupa el ojo que a su vez te ocupa, como la bola te sitúa en su centro, como, como...

¡Sí, vientos de zozobra, eran, y las crestas y bajíos, y los oleajes de aquella noche!

y ahí, en la burbuja, en el ojo, en el Sulfuro, el resurgir no sólo de las aguas, de los cielos, de los árboles, de los prados y de los bosques, sino también la llegada de un pálido rumor de armas, un chirrido de armaduras, y gritos de batalla y elevaciones de cuerpos, arrancados en vida, arrancados en muerte, en torbellinos de lanzas, en esa estridencia del corazón que palpa la muerte, esa otra bola, Julio, contra la que chocamos, con nuestras andanzas nocturnas a cuestas.

Las puertas de la muerte misma, abiertas al tiempo que con suprema lentitud se alzaban las lanzas caballerescas de aquellos combatientes de Paolo Ucello, Julio, pues allí estamos, deslizados en aquel leve chirriar de espacio, en aquel leve rediente de Tiempo.

Los caballos de grupas blancas y duras, las armaduras como es debido, chorreando bajo la lluvia, los caparzones goteando agua y sudor, las armas blandidas de golpe, vibrantes bajo el sinuoso chorro de luz, el rayo en el corazón hendido implantando sus potencias, los estandartes deslavados, como rodeando los negros retumbros de tormenta...

La muerte, Julio, en esta esfera de cristal, desplegando sus galas, recobrándose en sus conquistas, al pie de las murallas de una ciudad malva, velando apenas la arena de sus fortificaciones, por encima de unos estanques en los que graznaba toda la congoja de las ranas...

Una mirada —como otro haz de luz— vislumbrada por debajo de la visera del yelmo, y el pesado retumbo de los hierros que caen, la lenta andadura de los caballos volviendo grupas; unos y otros dirigiéndose bajo el rojo vibrar de sus lanzas: quién a las dunas, quién al pantano, para el postrer enfrentamiento.

¿Qué hora será?, Santo Dios, y cómo podré salir de este ojo un día, recobrar la sequedad y el granito, escapar a ese choque que se prepara, a esa muerte que se hincha, se infla, se ahueca y gira, y ahora llena de vientos y ráfagas, risas y reniegos, hechizos y maldiciones, se establece en la página de este papel que veo por transparencia en el Sulfuro, con esa agitación de reflejos, con ese tremendo osario ambulante, aún en pie, aún rugiendo, aún inyectando

sangre en sus aceros, aún derivando un relámpago para una alarma que ya no volverá, un choque de trueno para un grito que se habrá abatido, roto, destrozado en mil añicos...

Extraño, cómo se podía oír la resonancia de la lluvia en los tejados, una resonancia de un gris muy azulado.

La torre, poco a poco, zozobraba en sus albas. Y era el apagarse del gragor de la batalla, huyendo por el retoño de sus grises, de sus azules y de sus purpúreos negros.

Me tomaré la última, última copa, Julio, brindando por tu gallo, y mirando de reojo hacia el lugar del escorpión, espacio que éste abandonó definitivamente para ocupar el del murciélago, el cual..., vaya usted a saber...

No tardaré en dormirme también, Julio...

Pero ahí, a pesar de todo, en el reflejo de la botella, esa sonrisa de Zötl jugando a los dados con un Axolot!...

JEAN THIERCELIN

(Traducción del francés: Raquel Thiercelin.)

«Serre»
84160 CADENET (France)